

MUJER Y EMANCIPACIÓN EN TIEMPOS DE LA REPÚBLICA: *HISTORIA DE UNA MAESTRA* DE JOSEFINA ALDECOA

Aránzazu CALDERÓN PUERTA,
(*Universidad de Varsovia*)

Palabras clave: Mujer, compromiso político, identidad y género, literatura de mujeres, siglo XX.

Resumen: Durante el periodo de la Segunda República y la Guerra Civil hubo muchas mujeres que tuvieron un papel innovador y relevante en la lucha por la igualdad entre sexos y por la emancipación femenina. Desde destacadas figuras políticas de la esfera pública hasta mujeres a pie de calle que participaron en movimientos sociales y que quedaron en gran medida en el anonimato. Mi objetivo es estudiar la representación de estas figuras históricas femeninas en la narración literaria. Me interesa comprobar si son presentadas por las escritoras como heroínas, como mitos de la lucha, o más bien como seres humanos influidos y limitados en sus elecciones vitales por su entorno. Me fijaré en cuál es el papel de la política en sus vidas, y si influyen el compromiso y la actividad política en sus concepciones de sí mismas, y si es así, en qué medida. En este artículo me centro en la tensión entre ser mujer y el compromiso político desde la perspectiva de los conflictos personales de la protagonista de *Historia de una maestra*, una profesora de primaria que decide hacer suyo el proyecto social de educación que promovió la Segunda República española con sus reformas.

Mots-clés : la femme, engagement politique, genre et identité, littérature féminine, XXe siècle.

Résumé : Pendant la période de la Deuxième République et la guerre civile, beaucoup de femmes ont tenu un rôle novateur et important dans la lutte pour l'égalité des sexes et l'émancipation des femmes. Des personnalités politiques qui ont participé à la sphère publique, aux femmes ordinaires qui ont participé aux mouvements sociaux et restèrent dans l'anonymat, mon objectif est d'étudier la représentation de ces personnages historiques féminins dans le récit littéraire. Je veux vérifier si elles sont présentées par les auteurs comme des héros, les mythes de la lutte, ou plutôt comme des êtres humains influencés et limités dans leur choix de vie par leur entourage. Je vais voir quel est le rôle de la politique dans leur vie, et si elles portent une influence sur l'engagement et l'activité politique en leurs conceptions mêmes, et si oui, dans quelle mesure. Dans cet article, je me concentre sur la tension entre être une femme et l'engagement politique depuis la perspective des conflits personnels de la protagoniste d'*Histoire d'une enseignante*, une professeur d'école primaire qui décide de faire sien le projet social de l'éducation que la Seconde République espagnole promouvait avec ses réformes.

Keywords: Women, political commitment, identity and gender, women's literature, twentieth century.

Abstract: During the period of the Second Republic and the Spanish Civil War there were many women who had an innovative and important role in the struggle for gender equality and women's emancipation, ranging from prominent political figures who participated in the public sphere to anonymous women who participated in social movements. My goal is to study the representation of these female historical figures in the literary narrative. The aim of this article is to check if the analyzed figures are presented by the writers as heroes and mythical warriors, or mere human beings influenced and limited in their choices by the environment. It will revise what the role the politics plays in their lives, and the influence exercised by the commitment and political activity in their concepts of themselves. This article focuses on the tension between being a woman and political commitment from the perspective of personal conflicts of the protagonist of *The History of a Teacher*, a primary school teacher who decides to endorse the social project of education promoted by the reforms introduced during the Second Spanish Republic.

LITERATURA Y RECUPERACIÓN HISTÓRICA DEL COMPROMISO POLÍTICO FEMENINO

Gracias al trabajo interdisciplinario de investigadoras e investigadores, en los últimos años se han realizado numerosos estudios de figuras femeninas del último siglo en los que se subraya la importancia de su militancia política. Aunque como señala Ángeles Egido León (Egido, 2011: 48) la lucha de las mujeres y su inevitable consecuencia (la represión subsiguiente) tardó más en ser objeto de estudio que la de los hombres, el feminismo español de los últimos años está llevando a cabo un intento por recuperar “a aquellas [mujeres] que jugaron un papel político destacado en la Segunda República y en la Guerra Civil, como ejemplos de la influencia que tuvieron entre las jóvenes que nacieron después de la guerra” (*100 años en femenino*, 2012: 82)¹.

Frente a la demonización sistemática durante la posguerra de las mujeres vinculadas a movimientos de izquierdas por parte del régimen franquista², contrasta el interés que despiertan estas figuras hoy. Gracias a la recuperación progresiva de historias personales individuales es posible obtener una visión más completa del pasado reciente de la historia de España.

Por su parte la literatura española de los últimos decenios muestra un interés no decreciente en (re)contar la historia de nuestro país desde la ficción y desde los testimonios. En este sentido, lo que

¹ En el caso de estas personalidades femeninas públicas se habla de lo significativo de su lucha social y política, dejando de lado aspectos tradicionalmente considerados femeninos, como su vida emocional, privada, maternidad, corporeidad, etcétera.

² Ver al respecto como ejemplo el capítulo *La paz de Franco*, en *Historia de España del siglo XX* de Julián Casanova y Carlos Gil Andrés. Editorial Planeta, Barcelona, 2009: 231-258.

interesa es la potencialidad subversiva de la literatura como lugar de encuentro, pero también de conflictos y de distintos intereses sobre la representación del pasado. En opinión de Jordi Gracia³, la literatura devuelve aspectos de la historia que el discurso historiográfico tradicional ha expulsado y que deberían estar presentes: las paradojas, las dificultades con las que se encuentra una comunidad humana en un momento histórico concreto. La ficción literaria se convierte en un medio ideal de transmisión de los conflictos, tanto sociales como particulares.

Un buen ejemplo de ello es la novela *Historia de una maestra* de Josefina Aldecoa. En ella se narra la vida de una profesora de primaria que protagoniza en primera persona el proyecto educativo que puso en marcha la Segunda República a principios de los años 30. Los recuerdos de Gabriela López Pardo abarcan desde sus años de estudiante en Oviedo hasta el inicio de la Guerra Civil, y suponen toda un revisión de la historia de España en los años 20 y 30 desde una perspectiva personal.

EL COMIENZO DEL SUEÑO

La primera parte de *Historia de una maestra* se inicia el día que Gabriela termina sus estudios: “El fin de una etapa y el comienzo de un sueño” (Aldecoa, 1996: 14). El **sueño** es precisamente el hilo conductor del entramado de la novela⁴: el ideal de educar en valores de igualdad y justicia. Dichos valores le fueron inculcados a la joven por su padre (Aldecoa, 1996: 29) y ejercerán una fuerte influencia en su proceso personal por convertirse en sujeto autónomo.

³ *Atelier Histoire et Littérature*. Casa Velázquez, Madrid 17-19 de octubre de 2012.

⁴ De ahí que cada una de sus tres partes lleve respectivamente el título: *El comienzo del sueño*, *El sueño* y *El final del sueño*.

En esta primera etapa de soltera, la vida para Gabriela supone una aventura. Se instala y trabaja en pueblos aislados en la montaña. Sus ideales la impulsan en su tarea diaria, cuando tiene que enfrentarse sola a las duras condiciones de trabajo y vida:

Yo me decía: No puede existir dedicación más hermosa que ésta. [...] Ese era el milagro de una profesión que estaba empezando a vivir y que me mantenía contenta a pesar de la nieve y la cocina oscura, a pesar de lo aparentemente poco que me daban y lo mucho que yo tenía que dar. O quizás por eso mismo. Una exaltación juvenil me trastornaba y un aura de heroína me rodeaba ante mis ojos. (Aldecoa, 1996: 40).

Gabriela se ve a sí misma como una heroína, como un ser intrépido: “Yo no soy cobarde: entonces, menos” (Aldecoa, 1996: 17). Como maestra recién licenciada enseña en pueblos del interior, donde su presencia no siempre es bien recibida. A menudo tiene que armarse de valor para seguir adelante en la misión que se ha propuesto, educar; “Así que para allá me fui, con interés, con ilusión” (Aldecoa, 1996: 21). Pese a ese inicial entusiasmo, desde el principio es consciente de los dilemas a los que tiene que enfrentarse como mujer: “Yo tenía veinticuatro años y afán de aventuras. Un hombre es libre. Pero yo era mujer y estaba atada por mi juventud, por mis padres, por la falta de dinero, por la época” (Aldecoa, 1996: 53). Y como era la norma, por el hecho de ser mujer se ve especialmente sometida al control social de su cuerpo y sexualidad⁵.

⁵ Por ejemplo, en una de las poblaciones rurales en las que Gabriela se asienta le impiden que se quede a vivir en la casa de uno de los vecinos porque lo consideran

Pero Gabriela es joven, independiente, tiene ganas de vivir, de experimentar, de ampliar horizontes. Y se decide a dar un paso aun más atrevido que el de trabajar y viajar sola: se embarca por propia voluntad a Guinea Ecuatorial⁶, el siguiente destino que elige como maestra. Toda una osadía para una mujer en aquellos tiempos; osadía que por supuesto despierta recelos y resistencias en su entorno. Primero en España: “Así que lo arreglé todo, desoí los consejos y los llantos familiares y me bajé hasta Cádiz. [...] **Necesitaba la fuerza de los emigrantes, el valor de los conquistadores**” (Aldecoa, 1996: 54, subrayado nuestro). Y a continuación en la colonia, un entorno en el que una mujer blanca sola no es bien vista: “El tiempo que pasé en Guinea fue un tiempo de soledad. Era un mundo de hombres” (Aldecoa, 1996: 69). Tiene que enfrentarse a las reacciones racistas, provocadas por su amistad con un médico negro, Emile. Una noche sufre un intento de violación por parte del administrador blanco del Hospital, quien afirma: “Si eres buena para el negro también lo serás para mí...” (Aldecoa, 1996: 66). Es reprobada públicamente un día por esa misma amistad por los poderosos colonos europeos: “Eran plantadores, eran blancos, eran hombres” (Aldecoa, 1996: 73), a los cuales responde enérgicamente: “Señores, [...] no son ustedes quiénes para velar mi conducta” (Aldecoa, 1996: 76).

La crítica y presión social son continuas hacia una mujer que actúa en solitario y de manera independiente. En contraste, la nota predominante en esta narración inicial es la capacidad de Gabriela de resistencia ante las dificultades y problemas. La protagonista-narradora se concibe y presenta a sí misma como una heroína. Se

poco “apropiado”. “Yo creo que les parece pecado, quedarse allí usted sola con ese hombre”, comenta una mujer del pueblo. (Aldecoa, 1996: 31).

⁶ Entonces todavía colonia española.

enfrenta con valentía a cada nueva contrariedad en aras de su labor, que opone a las de las misioneras religiosas: “ya entonces yo creía más en la justicia que en la caridad. [...] Mi sueño iba por otros rumbos. Educación, cultura, libertad de acción, de elección, de decisión. Y lo primero de todo, condiciones de vida dignas, alimentos, higiene, sanidad” (Aldecoa, 1996: 70).

EL SUEÑO

La segunda parte de la novela comienza –y no por casualidad– el día de la boda de Gabriela con Ezequiel. Una relación que cambiará radicalmente la situación existencial, identitaria, de la mujer protagonista. Un matrimonio que no nace de la pasión o el amor, sino del compañerismo; es decir, un vínculo aparentemente igualitario para ambos. En palabras de la propia narradora:

Nunca había pensado en casarme por casarme. Pero al conocer a Ezequiel me encontré considerando que, **después de todo, eso era lo normal, casarse y tener algún hijo.** Y que, además, no era incompatible con mi carrera ya que él también era maestro y precisamente por ahí, por la afinidad de intereses y entusiasmos, había empezado todo. (Aldecoa, 1996: 85, subrayado nuestro).

Podemos por lo tanto afirmar que son dos las razones que inducen a Gabriela a casarse. Una, la práctica social dominante; y otra, el haber encontrado a una persona que comparte su mismo sueño:

Habíamos llegado a ser excelentes compañeros. Juntos planeábamos actividades para nuestros niños. Juntos organizábamos nuestras clases de adultos que se convirtie-

ron en seguida en reuniones semanales a las que asistían gentes de los dos pueblos, cada domingo en una escuela (Aldecoa, 1996: 91).

A partir de entonces se dedicarán con redoblada ilusión a su labor educadora: “Eramos jóvenes y el vigor físico nos enardecía, nos impulsaba a luchar por algo en lo que creíamos: la importancia y la trascendencia de nuestro trabajo” (Aldecoa, 1996: 93).

Pero con el paso del tiempo Gabriela se da cuenta de que la tarea profesional y la camaradería no bastan en una relación. Siente progresivamente cada vez mayor frustración existencial, en parte motivada por la carencia de pasión en su matrimonio⁷. Una frustración que va más allá de lo sexual⁸, y que alcanza **precisamente** a la esfera de los **sueños**. Un síntoma de ello es la continua nostalgia de la aventura colonial que experimenta Gabriela cuando se deja llevar por las emociones. Justo antes de su boda se sincera con una amiga y reconoce ante sí misma que su amigo negro, Emile, “ha sido el único hombre que hubiera abierto un camino distinto a mi vida” (Aldecoa, 1996: 125). El recuerdo de Guinea supone la otra cara de sus malogrados anhelos, y su potencial relación emocional con el varón negro (que no es presentada en ningún momento como abiertamente amorosa) se convierte en símbolo de sus pasiones frustradas⁹.

⁷ “Nuestro noviazgo fue el más puro y transparente, el más premeditado de los noviazgos. Por eso digo que pasión, pasión, si queremos entender el amor como pasión, de eso no hubo...” (Aldecoa, 1996: 93).

⁸ Un ámbito que queda expresado tan solo implícitamente en la narración.

⁹ Esta relación representa la relación imposible, inaceptable. Simbólicamente el negro representa la otredad, y su relación con él, por tanto, la transgresión más profunda.

Porque pese a sus aventuras juveniles Gabriela parece destinada a una vida de lo más convencional. Una vida vaciada de deseos, en la que el rol de esposa y madre destruye a la Gabriela soñadora y luchadora que había sido en otra época: “Desde que me casé, todo en mi vida fue seriedad y trabajo [...]. Desde la aventura de Guinea yo cambié mucho” (Aldecoa, 1996: 124). El anhelo por lo no vivido afecta también a su marido en un determinado momento: “Con Ezequiel, la vida empezó a ser como yo suponía, seria, austera, entregada a la satisfacción del trabajo cumplido. El nacimiento de la niña completó el cuadro sereno de nuestro matrimonio. Sólo entonces vi aparecer en los ojos de Ezequiel la añoranza de lo no vivido” (Aldecoa, 1996: 125).

Cuando hace referencia al embarazo, una experiencia exclusivamente femenina, Gabriela narra este periodo de un modo que se aleja de la idealización tradicional del mismo. Se sumerge en una especie de letargo caracterizado por la ausencia de emociones:

todo, resbalaba sobre mí, no me dejaba huella. No estaba triste ni contenta. Había caído en una indiferencia placentera y serena. El embarazo me alejaba del mundo exterior. Me encontraba escuchándome por dentro, observando el más mínimo cambio dentro de mí. Una punzada, un murmullo, un temblor, un pequeño dolor, una oleada de calor o de frío. (Aldecoa, 1996: 99)¹⁰

¹⁰ “Me sentía invadida por una red de pequeños canales que se comunicaban entre sí, que transmitían señales imprecisas a mi cerebro. Era una invasión pacífica y puramente física. Rara vez me encontraba pensando en aquel hijo del que todos hablaban. Mentiría si dijera que sentía otra cosa que la transformación de mi cuerpo”. (Aldecoa, 1996: 99).

La maternidad también parece alejarla de lo que ocurre en su entorno:

La maternidad me colmaba de nuevas sensaciones. Lo mismo que en el embarazo mi cuerpo, replegado en sí mismo, se había aislado del mundo exterior, ahora, con la niña cerca de mí, creía percibir todas las vibraciones de la tierra. [...] Vivía entregada a aquel contacto cálido [con Juana, su hija] mientras el tiempo se escapaba dulcemente. [...] Mi vida transcurría ajena a cualquier fenómeno que no fuera el de mi maternidad. (Aldecoa, 1996: 112).

A partir de este momento se produce una especie de involución progresiva en la protagonista. El carácter de Gabriela se vuelve introspectivo, al mismo tiempo que experimenta un vínculo cada vez mayor con la naturaleza que la rodea¹¹. En el plano narrativo, si hasta entonces había sido expansiva y movía la acción, a partir del embarazo entra en una fase de alienación típica a través de la corporeidad que ella misma denomina *el limbo de mi maternidad* (Aldecoa, 1996: 103). Dedicará sus fuerzas a trabajar en la escuela y en casa, y más tarde a cuidar de su hija Juana, que ocupará a partir de entonces el lugar central en su vida, hasta el punto de rozar, como ella misma afirma, la obsesión: “[e]l sobresalto era a su vez el síntoma de mi propia enfermedad, la obsesión incurable de la maternidad” (Aldecoa, 1996: 173)¹².

¹¹ “La percepción de la Naturaleza me despojaba de toda atadura presente. Me parecía que mi ser entero se deshacía de sus límites, sensible solo a la atracción de la tierra impasible”. (Aldecoa, 1996: 115).

¹² Resulta interesante observar que la maternidad es presentada como “enfermedad” y “obsesión”, que son sustantivos de carga marcadamente negativa.

La niña nace el mismo día que se proclama la Segunda República española¹³. Cuando Gabriela está dando a luz, Ezequiel llega para anunciarle que “ya ha llegado, Gabriela, ya está aquí” (Aldecoa, 1996: 105). Pero no se refiere a la hija de ambos sino al nuevo régimen político. Gabriela pare una hija que podría simbolizar la llegada de la libertad con la República pero que, irónicamente, en la práctica marca el inicio del semientierro de la protagonista en el hogar. Esta escena simboliza los caminos oblicuos que ambos personajes recorrerán a partir de entonces: la vida de Gabriela quedará relegada a la escuela, a la casa y a su hija; la de Ezequiel se proyectará cada vez más hacia fuera, hacia la esfera pública y la actividad política.

Esta oposición esfera privada/esfera pública no es tan clara, sin embargo, en el caso de Gabriela, puesto que pese a sentirse por un lado ajena a los acontecimientos históricos y sociales, al mismo tiempo como maestra continúa muy implicada con su función y sus ideales, que suponen la guía existencial y laboral del personaje: “Si yo quisiera explicar lo que era entonces para mí la política, no sabría. Yo creía en la cultura, en la educación, en la justicia. Amaba mi profesión y me entregaba a ella con afán. ¿Todo eso era política?” (Aldecoa, 1996: 107).

En sus centros escolares Gabriela y Ezequiel aplican los principios que les van llegando desde la Inspección del Ministerio de Educación republicano. De acuerdo con estos, la escuela ha de ser laica. Una novedad que despierta numerosas reacciones adversas entre los vecinos: “Señales de alarma se encenderían periódicamente obedeciendo a un plan. Era la reacción inevitable a las transformaciones que iba a sufrir el país en algunas de las cuales nosotros, los maestros,

¹³ También de género femenino.

estábamos comprometidos” (Aldecoa, 1996: 121)¹⁴. Estas modificaciones introducidas por el nuevo gobierno suponen, pese a todas las reticencias a las que se enfrentan, un hábito de esperanza para que el sueño de Gabriela se reanime y recobre fuerza. Pero los temores de la maestra sobre su proyecto educativo no son infundados, pues el intento de algunos de modernizar la sociedad española encuentra a menudo una fuerte resistencia por parte de la población rural¹⁵.

EL FINAL DEL SUEÑO

En la tercera y última parte de la obra, Gabriela y Ezequiel solicitan un nuevo destino para poder trabajar en una misma localidad, y no como hasta entonces cada uno en la escuela de un pueblo diferente. Por ello se trasladan a vivir a Los Valles, una población minera de León. Allí conocerán al alcalde, Don Germán, un republicano moderado que apoya las iniciativas del gobierno.

En su creencia de que es beneficioso para los pequeños, la pareja luchará por implantar la coeducación en sus nuevas escuelas, obte-

¹⁴ “...y nos hemos reunido aquí para haceros saber que de orden del Gobierno se va a proceder a quitar el Crucifijo de las escuelas... [...] El silencio era total. De pronto una vieja se echó a llorar. - Ya ni a Dios nos van a dejar a los pobres – dijo entre sollozos”. (Aldecoa, 1996: 117-118).

¹⁵ En ese sentido, ella misma afirma a veces que el sueño resulta ser una pesadilla. (Aldecoa, 1996: 131). “«Y de los maestros, tampoco os fiéis. A éstos los tienen a sus órdenes y enseñan a los niños para que no respeten a sus padres ni a Dios y hasta la patria les parece pequeña.» Ezequiel escribió al Inspector y le dio noticia del clima que algunos estaban creando”. (Aldecoa, 1996: 131). En contraste está la actitud de los maestros y de los voluntarios de las Misiones Pedagógicas. Con ellos Gabriela y Ezequiel soñaron “juntos embargados por una obsesión común: hacer del trabajo de todos la gran Misión que salvara a España del aislamiento y la ignorancia”. (Aldecoa, 1996: 136).

niendo con el tiempo el permiso por parte del gobierno. Basándose en sus experiencias educativas previas, Gabriela está convencida de que niñas y niños aprender mejor juntos, y expone las siguientes observaciones:

los niños eran más vivos, más rápidos en la comprensión, se interesaban más por todo y no tenían miedo a equivocarse. Las niñas ponían más atención, eran más constantes; trabajaban con paciencia y remataban con finura sus trabajos, **pero eran más pasivas.**

—No son diferentes —le aseguraba a Ezequiel—. Pero respiran otro aire. **Las preparan desde la cuna para ser mujeres lo más sumisas posible.** Les da vergüenza intervenir, creen que no van a saber, ni poder... (Aldecoa, 1996: 161, subrayado nuestro).

Pese a sus ideas igualitarias respecto a los sexos, la protagonista se va amoldando con el paso del tiempo a ese modelo de mujer sumisa, subordinada. Exceptuando las horas que dedica a su trabajo (aspecto este bastante innovador para una mujer de la época), permanece la mayor parte del tiempo aislada en casa¹⁶. Cae progresivamente en la alienación que su rol de género conlleva y que la inmoviliza existencialmente.

¹⁶ Su única manera de “escapar” de la rutina hogareña es la lectura: “Yo preparaba la cena. La luz de la bombilla iluminaba la mesa en la que siempre había un libro abierto. Un libro arrastrado por mí para robar minutos a las tareas domésticas. «Mientras hierve la sopa, leo», me decía. «Mientras frío las patatas, leo. Mientras llega Ezequiel...” . (Aldecoa, 1996: 163).

A este proceso de alienación contribuyen con sus actitudes otras mujeres del entorno de la protagonista con sus propias contradicciones. Por ejemplo, Marcelina, una vecina amiga del pueblo, le recrimina el que lleve la injusta carga de la doble vida laboral: “Que a usted también le pasa que trabaja de más. [...] Quiera que no, tienen usted una escuela como él. Pero ¿quién cocina, quién lava, quién plancha, quién brega con la niña? Que a él bien le veo yo de sube y baja a la Plaza y a la mina” (Aldecoa, 1996: 174). A estas observaciones, Gabriela reacciona de la siguiente manera:

Yo **me reía** de las acusaciones que Marcelina solía verter sobre los hombres. **Me daba cuenta de la razón que le asistía pero trataba de calmarla.**

—Todo eso es verdad. Pero dígame usted, Marcelina, ¿qué nos pasa a las mujeres que nos echamos encima más de lo que debemos? Yo no podría dejarle a Ezequiel la niña y subir a la Plaza a charlar con las amigas. Sé que sería justo **pero no podría**, no me fiaría, no me interesaría. Ser madre es una gloria y una condena al mismo tiempo [...]. Marcelina no se calmaba. Sus argumentos eran una continua reflexión basada en el sentido común [...]. Yo la comprendía. **Había luchado por imbuir a las mujeres en mis clases de adultos las conciencias de sus derechos. Y sin embargo, ahora me veía atrapada en mi propia limitación.** [...]

—Ustedes, las que han estudiado, mucho predicar pero a la hora de dar trigo, ¿qué? Ni trigo ni ejemplo ni nada. ¡Pobres mujeres! (Aldecoa, 1996: 174-175, subrayado nuestro).

Gabriela ironiza para defenderse de acusaciones que sabe acertadas. Se trata evidentemente de una respuesta ambigua, pues ella

misma admite y acepta su situación de desigualdad factual respecto a su marido. Esta deriva en gran medida de la interiorización no consciente por parte de Gabriela del rol subordinado de la mujer en la sociedad española de la época.

En la soledad monótona del trabajo no remunerado del hogar, la protagonista cuenta solo con la colaboración solidaria de otras mujeres, como Regina, Marcelina o Mila¹⁷. Se trata de vecinas con las que Gabriela desarrolla fuertes vínculos emocionales y redes de apoyo mutuo¹⁸. Su ayuda hace posible que la protagonista pueda combinar vida profesional y maternidad. Pero al mismo tiempo, al reproducir y aceptar como naturalizadas esas funciones, reservadas en exclusiva a las mujeres, estas mujeres refuerzan con su actitud y actuación la estructura excluyente del sistema patriarcal. Esa es precisamente la razón que hace que, a raíz de su maternidad, Gabriela experimente por primera vez en su vida una mayor cercanía hacia su madre que hacia su padre, a quien hasta entonces le habían unido los ideales iluministas. Con el tiempo, su padre encontrará más afinidad en sus discusiones políticas con Ezequiel que con su hija, quedando esta relegada al “mundo femenino”. El orden patriarcal se terminará así imponiendo en el grupo familiar, aceptado como “natural” por todos sus miembros.

¹⁷ De ellas Gabriela afirma: “Si voy mirando hacia atrás siempre encuentro en el pasado una mujer que me ha ayudado a vivir. Con Marcelina, como antes con Regina, pasó Juana al principio el tiempo que yo estaba en clase, o cuando salía rara vez, en alguna ocasión inevitable. Porque mi vida se desarrollaba en torno a la niña y la escuela. Hasta la casa era un descanso para mí comparado con las otras dos dedicaciones”. (Aldecoa, 1996: 173-174).

¹⁸ Cuando enferme Joaquín, el marido de Marcelina, Gabriela acudirá a ayudarles.

LIBERTAD EN LA MENTE VS. LIBERTAD EN LA PRÁCTICA

Para Gabriela resulta evidente que Ezequiel necesita de otros hombres para hablar de política. En casa de Don Germán el matrimonio conoce a una pareja de maestros, Inés y Domingo, que enseñan en el pueblo de arriba, en las escuelas de las minas. Ambos están muy implicados Políticamente, sobre todo en las protestas de los mineros. Animarán a Ezequiel a involucrarse cada vez más en la lucha por el cambio social, lo cual le parece a Gabriela “natural”: “Domingo había entrado en nuestras vidas en el momento que Ezequiel lo necesitaba” (Aldecoa, 1996: 168); “[Ezequiel n]ecesitaba participar de la excitación y el bullicio” (Aldecoa, 1996: 202)¹⁹. Una necesidad considerada tradicionalmente “masculina” que aparentemente no comparte la narradora de la historia, pese a que observa y relata los acontecimientos políticos y sociales con creciente angustia. A lo largo de la segunda y tercera parte de la obra los lectores son testigos de la polarización de los roles de género de Gabriela y Ezequiel. En determinado momento se hace patente que la complicidad intelectual inicial de la pareja protagonista se ha perdido, y con ella la igualdad real entre ellos. Aunque la narradora presenta como inevitable (y por tanto naturaliza) dicho desarrollo de los acontecimientos, en su narración va surgiendo entre líneas el descontento.

¹⁹ Una actividad que devuelve a Ezequiel la energía para vivir: “Por lo demás estaba satisfecho. Un nerviosismo alegre había sustituido la pasividad que antes le sumía en prolongadas pesadumbres. Se mostraba jovial con la niña y conmigo, como si estuviera a punto de emprender un largo viaje desbordante de promesas”. (Aldecoa, 1996: 202).

Para reforzar esa lucha interior de la protagonista aparecen en la narración dos personajes femeninos secundarios que servirán de contrapunto a la situación de la maestra protagonista. Uno es Eloísa²⁰, la beata hija del alcalde, de la que la narradora afirma que es “una sombra” que ni siquiera “levantó los ojos de la labor y parecía no escuchar” (Aldecoa, 1996: 171) durante la visita del matrimonio a don Germán. En contraste tenemos a Inés, la otra maestra (Aldecoa, 1996: 93)²¹, quien personifica a la mujer emancipada e implicada plenamente en la actividad política. Cuando Inés se encierra con otras mujeres para pedir la libertad de un muchacho detenido es criticada por Marcelina, la misma vecina que con anterioridad había puesto en evidencia la desigualdad inherente a la doble jornada laboral de las mujeres: “Pero también ésas, qué poco tienen que hacer en sus casas, digo yo. Todo el día protestando de una cosa y de otra y los críos con los mocos colgando y el fogón apagado y esos pobres maridos cuando salen de la mina a la taberna tienen que ir, porque usted me dirá...” (Aldecoa, 1996: 204). Con sus palabras Marcelina expresa y a la vez fortalece los prejuicios de género tradicionales. Una vez más aparece esta contradicción en algunos personajes femeninos: son conscientes de su situación de subordinación pero son celosas defensoras y vigilantes del orden patriarcal.

Con su manera de vivir y de entender su relación de pareja, Inés vendrá a cuestionar indirectamente el modo de vida que ha elegido Gabriela, obligando a esta a enfrentarse a sus contradicciones:

²⁰ Una mujer que se quedó “para vestir santos como quiso la madre y el padre no se atrevió a evitar. Y ella resignada porque es de las que creen que los curas dicen siempre la verdad”. (Aldecoa, 1996: 171).

²¹ Una coincidencia profesional quizá no casual, sobre todo si pensamos que a fin de cuentas Gabriela responde en el fondo más al modelo de Eloísa, encerrada en casa, que al de Inés, luchando fuera del hoga.

Una sorda zozobra me atormentaba cuando surgían estos temas. Yo, que había sido avanzada en mis ideas educativas, sin embargo me atenía en mi vida privada al esquema tradicional: un matrimonio es para toda la vida, un hijo es un grave obstáculo para el divorcio. Educada por mis padres sin frenos religiosos estaba condicionada, sin embargo, con el ejemplo de su conducta que de forma tácita contradecía la educación libre que pretendían haberme dado. **La libertad está en la cabeza, solía decir mi padre.** Y era cierto. **Pero un fuerte entramado de actitudes, opiniones, puntos de vista, se levantaban entre esa libertad y mi forma de actuar. Libertad de pensamiento sí. Pero es peligroso traspasar, en favor de esa libertad, los eternos tabúes** que rigen la dualidad malo-bueno, propio-impropio. Impropio de mí hubiera sido, para mis padres, que yo un día pusiera en duda la fortaleza de mi matrimonio.

La zozobra y la desazón derivaban, después de las reflexiones teóricas, hacia otros rumbos. Por escondidos recovecos, el corazón y la memoria me conducían a un pasado no tan lejano. La aventura de Guinea. Ese sí hubiera sido un camino para la libertad. Todo lo que vino después me había llevado hasta esta Gabriela que yo era sin remedio, buena esposa, buena madre, buena ciudadana. La trampa se cerraba sobre mí. (Aldecoa, 1996: 175-176, subrayado nuestro).

En este fragmento se pone en evidencia en qué reside la contradicción de las enseñanzas que le transmitió su padre a Gabriela: la concepción de libertad que él considera *universal* es sin embargo inherentemente *masculina*. Dicha libertad de pensamiento es posible

en la práctica para aquellos que ocupan la posición privilegiada, pero no así para los que ocupan la posición dominada. Debido a su condición de mujer, la libertad de pensamiento y acción de Gabriela está de hecho condicionada.

Los acontecimientos históricos se precipitan. Mientras los ciudadanos se encuentran divididos entre su simpatía o antipatía hacia la política de la República²² (reforma agraria, reforma sanitaria, reforma de la enseñanza), paralelamente van surgiendo cada vez más voces de descontento entre aquellos que anhelan una revolución social porque consideran que las reformas emprendidas por el gobierno son demasiado lentas y poco efectivas. A ello se suma la reorganización de las derechas, que ganan las segundas elecciones. La tensión social aumenta, y ello se hace sentir especialmente en un pueblo minero.

Ezequiel cada vez se implica más en las discusiones y actividades políticas²³. En contraste, Gabriela apenas sale de casa. Su vida transcurre entre la escuela y la cocina (Aldecoa, 1996: 181). La actividad de Gabriela en la esfera pública se limita a su oficio de maestra, mientras que Ezequiel además de la escuela participa en el ágora, en la toma pública de decisiones. La actividad y utopía que

²² “aquél sería el comienzo de una sorda guerra entre el Cura y las gentes que le apoyaban y nosotros, con los pocos vecinos que habían gritado, aquel día de abril, viva la República”. (Aldecoa, 1996: 107). “Sin que nadie interviniese directamente, los vecinos se fueron agrupando en dos núcleos significativos, a favor unos y en contra otros del nuevo gobierno”. (Aldecoa, 1996: 110).

²³ “Ezequiel estaba inquieto y subía a la Plaza todas las tardes. [...] Necesitaba estar informado de los sucesos políticos del momento”. Se reúne a diario con otros hombres para hablar de política. (Aldecoa, 1996: 184). “Ezequiel siguió subiendo a la Plaza todas las tardes. En la compañía de los otros buscaba alivio a sus inquietudes y asistía al nacimiento de otras nuevas, cada día”. (Aldecoa, 1996: 184).

los dos compartían en el periodo anterior da paso a una separación que los aleja cada vez más²⁴.

Gabriela lamenta en gran medida sus elecciones, que sin embargo han sido socialmente reforzadas por el sistema patriarcal²⁵.

Ahora, para Ezequiel, los sueños de educar en igualdad de oportunidades resultan únicamente “romanticismos”. En su opinión, ha llegado el momento de pasar a la acción y poner en marcha la

²⁴ “En los últimos tiempos [Ezequiel] se había vuelto huidizo, vivía encerrado en sí mismo. En cuanto a mí, la atención a la niña, el trabajo, las visitas a Marcelina y Joaquín [...] me tenían ocupada. Hasta la introducción de la radio en casa había ido reduciendo las oportunidades de charlar que antes teníamos. O quizás éramos nosotros mismos los que evitábamos adentrarnos por terrenos poco firmes. [...] Me parecían muy lejanos los días del embarazo cuando hacíamos planes para nuestro futuro y el futuro del hijo que iba a nacer. Aquellos planes se vieron estimulados por el entusiasmo que la República sembraba en el Magisterio. Sin embargo, ahora asistíamos a una parálisis generalizada de todo lo prometido.” *Ibid.*, pags. 188-189. En *Nochevieja*, cuando le llega el turno de brindar a Ezequiel lo hace “por el sueño que tuvimos y que duró tan poco”, que se refiere al bloqueo de la reforma educativa pero que se puede interpretar también como la renuncia también al sueño común con Gabriela, quien por su parte en su brindis hace un hueco para “un fantasma perdido en una isla africana”. *Ibid.* Emile se ha convertido en símbolo de los sueños a los que renunció Gabriela al casarse y ser madre, así como de una potencial vida, completamente distinta. Gabriela se aferra a su mundo interior: “Yo había caído en una indiferencia defensiva que me protegía del clima y de la pesarosa actitud de Ezequiel. Algunas veces recordaba con nostalgia los días pasados en Castrillo. [...] Aunque sólo habían transcurrido unos meses, todo volvía a mi memoria como si de algo muy lejano se tratara. Me sorprendí a mí misma diciéndome: «Cuando éramos felices», al evocar aquellos cercanos días”. (Aldecoa, 1996: 190).

²⁵ Su actividad como esposa y madre es mucho menos cuestionada y se enfrenta a una menor presión que el periodo en que vivía y viajaba sola. “¿Cuándo empezó todo?” se pregunta Gabriela: “¿En qué momento advertí que Ezequiel abandonaba su independencia, su entrega a la educación para entregarse a una lucha más extensa? [...] La incapacidad de la República para llevar adelante las grandes promesas de su

revolución. En contraste Gabriela afirma: “En cuanto a mí, respetaba y comprendía su actitud pero me sentía incapaz de secundarla. Mis sueños, vapuleados como estaban, aún eran los de siempre” (Aldecoa, 1996: 200).

Como vemos Gabriela no es presentada como una heroína, y mucho menos en contraste con Inés. Esta sí lleva a cabo actividad política en su escuela, a lo que Gabriela se opone (Aldecoa, 1996: 194). Los maestros están indignados por los cambios introducidos por el nuevo gobierno de derechas, dice la radio. Pero Gabriela no termina de indignarse. Se aísla voluntariamente de las discusiones políticas, casi en su totalidad acaparadas por los hombres²⁶. Para ella está claro que la violencia no es nunca la solución a los problemas sociales (Aldecoa, 1996: 198). Otros, como Ezequiel, Inés y Domingo, están convencidos de que no hay otra opción posible (Aldecoa, 1996: 204).

Pero la aparente armonía que Gabriela pretende haber alcanzado por mantenerse al margen de lo que sucede no resulta tal. Ella misma afirma sentirse en el fondo culpable de no participar más activamente en lo que sucede, como hace Inés:

Creo que en mi rechazo a la conducta de Inés había una parte de sentimiento de culpa, y otra de postergación. Era cierto que yo vivía encerrada en mi casa y ajena al mundo

primer año le habían hundido en el desencanto y la decepción. Pero fue nuestro traslado al pueblo minero y su contacto con personas y situaciones vinculadas a la política lo que le llevó al compromiso”.

²⁶ “Yo preservaba mi paz refugiándome en la indiferencia tentadora de mi madre. [...] Evoco aquel verano y veo el pequeño grupo que formábamos las tres, mi madre, mi hija y yo, unidas en una plácida armonía, voluntariamente aisladas de los insistentes presagios de nuestros hombres”. (Aldecoa, 1996: 205).

de la mina y sus problemas. Yo anteponía mis obligaciones de maestra y mi atención a Juana a toda otra ocupación. Pero también era cierto que Ezequiel, **que tanto admiraba a las combatientes como Inés**, me tenía al margen de muchas cosas que yo trataba de averiguar, atacando su reserva. (Aldecoa, 1996: 207, subrayado nuestro).

La situación de subordinación de Gabriela, pese a ser lo que ambos cónyuges parecen haber elegido voluntariamente, no contenta a ninguna de las dos partes. Ezequiel de manera indirecta o inconsciente menosprecia a su esposa, y esta se siente efectivamente inferior. Aunque en un principio el matrimonio parecía funcionar como una relación modélica para la época en cuanto a la igualdad entre sexos, la realidad que se deduce de los sentimientos y reflexiones de la protagonista es muy distinta y amarga.

Finalmente, en octubre de 1934 estalla la revolución en las minas de León y Asturias. Es el momento de mayor tensión narrativa, también en cuanto al conflicto social y de género que nos ocupa, pues cada uno de los personajes se verá obligado a posicionarse respecto a la revuelta. Ezequiel participa por supuesto activamente en el alzamiento, volviendo solo a casa para tranquilizar a Gabriela y a la niña:

Ezequiel no iba armado. Apareció un momento e insistió:
“No te muevas, no te separes de la niña.”
Débilmente mostré deseos de ayudar.
—Si tú lo crees necesario.
Pero era claro que él prefería que me quedara en casa cuidando a Juana, protegiendo a Juana. (Aldecoa, 1996: 212).

Hay por tanto un nuevo refuerzo de los roles de género que ambos habían asumido previamente. Gabriela ha quedado atrapada, inmo-

vilizada en el tipo de mujer que su entorno social la ha incitado a convertirse. Se siente cobarde y culpable. Pese a ello, es incapaz de actuar de otra manera. Esta inmovilidad existencial, al igual que el miedo y el sentimiento de culpa, derivan asimismo de la violencia que experimentan las mujeres por su posición subordinada. Esta se hace aún más patente durante su último encuentro con Inés:

Me dijo: “Vamos, qué haces aquí con la escuela cerrada y sin nada que ocuparte. Ven a ayudarnos allí arriba...”. Le dije que no con la cabeza. No podía ni hablar. Me miró con una sonrisa que **a mí me pareció de desprecio**. Hubiera querido decirle: “Tú no sabes lo que es un hijo.” Pero no era justo. Inés hubiera hecho lo mismo aunque hubiera tenido muchos hijos. **Me sentía culpable y cobarde**. Una sensación de impotencia me dominaba. La inacción me ponía nerviosa y, a la vez, el temor no me dejaba vivir. (Aldecoa, 1996: 213, subrayado nuestro).

Gabriela siente cada vez más miedo y aislamiento del mundo y de su esposo, al que en el fondo guarda rencor:

Los frecuentes cortes de luz impedían oír las noticias en las horas cruciales. Pero prefería no saber. [...] Escuchaba a todos y una corteza de insensibilidad me protegía de los rumores. Con Ezequiel mantenía una actitud distante. Por una parte me resentía del abandono en que me tenía en favor de la insurrección. Por otra, no le perdonaba que me hubiera mantenido al margen de ella desde el primer momento. (Aldecoa, 1996: 216).²⁷

²⁷ Ezequiel reproduce la práctica social de mantener a las mujeres al margen de la toma de decisiones.

Ezequiel es detenido y permanece encarcelado todo el año 1935. Gabriela vive en un estado de incertidumbre continua²⁸. Resulta interesante contrastar esta etapa final de la novela –en la que Gabriela está de nuevo sola– con aquella primera, en la que como joven maestra recién licenciada se enfrentaba a un mundo de desafíos. Se hace patente que la protagonista ha evolucionado hacia un estado de pasividad e inmovilidad, ahora vive inmersa en el miedo²⁹. El trabajo se convierte entonces en su tabla de salvación³⁰.

En 1936 el Frente Popular gana las elecciones de febrero y proclama la amnistía. Ezequiel es puesto en libertad y Gabriela tiene la impresión de que su antiguo sueño regresa de nuevo. Pero su sueño y el de Ezequiel han dejado definitivamente de ser el mismo:

El sueño de mis comienzos profesionales emergía con fuerza del hoyo en el que había estado sepultado. Ezequiel recuperaría su escuela, nuestras vidas volverían a transcurrir por cauces serenos. [...] - Nuestra revolución está en la escuela – le repetía [a Ezequiel]. [...] Pero Ezequiel no

²⁸ “No podía concentrarme en datos aislados sobre un estado de cosas cuya trascendencia no podía calibrar. Me preguntaba cuánto tiempo retendrían a Ezequiel en la cárcel, cuál sería el siguiente paso, qué debía hacer yo”. (Aldecoa, 1996: 225).

²⁹ “El miedo adoptaba distintas formas. Miedo por el destino de Ezequiel. Miedo a ser denunciada. Miedo a encontrarme sin trabajo”. (Aldecoa, 1996: 226).

³⁰ “La tristeza me dominaba a todas horas. Sólo durante el tiempo dedicado a la escuela, salía del marasmo en que me debatía.

El trabajo era mi medicina, mi estímulo, lo único que me conservaba firmemente asentada en la realidad.

Al entrar en clase, dejaba atrás mi carga de angustia. El desaliento se transformaba en vigor, la debilidad en fortaleza.

[...] Por unas horas el círculo mágico se cerraba, aislándonos del mundo exterior”. (Aldecoa, 1996: 226).

me escuchaba. Aunque Domingo no estaba, él regresó a la mina. [...] Ezequiel no renunciaba a sus sueños. (Aldecoa, 1996: 228-229).

Ezequiel se reincorpora a la lucha, esta vez como líder. A Gabriela no le queda más remedio que asumir su decisión: “Respeté su elección. Respeté hasta el último de sus compromisos. Respeté su renuncia a la vida familiar, cada día más exigua” (Aldecoa, 1996: 229-230). La historia termina trágicamente con el inicio de la Guerra Civil y el fusilamiento de Ezequiel y Don Germán, el alcalde republicano. Gabriela vuelve a Los Valles con la única esperanza de encontrar los restos de su esposo: “El cuerpo de Ezequiel, la tumba de Ezequiel, la ausencia de Ezequiel...” (Aldecoa, 1996: 231).

Ezequiel puede entregarse en cuerpo y alma a la lucha política *precisamente* porque tiene a Gabriela para encargarse de la hija y el hogar común. Pero por hacerlo Gabriela es a la vez objeto del desprecio de su marido y de la indiferencia social respecto a su sacrificio personal. La tragedia de la protagonista, que queda viuda y con una hija a su cargo, permanece invisible en la narración histórica tradicional. Como queda patente en la parte final de la novela, el aspecto reproductivo, pese a ser socialmente imprescindible, queda al margen de la lucha revolucionaria.

La libertad de pensamiento y acción resultan de hecho *masculinas* porque son posibles gracias a la subordinación de la mujer: al encargarse ellas del trabajo doméstico y la tarea reproductiva (carentes de reconocimiento o prestigio), garantizan al hombre las condiciones privilegiadas para que este desarrolle su actividad fuera del hogar (tareas que se compensan con un desarrollo de las propias pasiones, así como el reconocimiento y el prestigio social).

Josefina Aldecoa recupera la tragedia personal de Gabriela para hacernos reflexionar sobre las contradicciones entre la teoría eman-

cipadora y las resistencias reales a ella. Elige a una anti-heroína para, por una parte, no idealizar la lucha femenina, y por otra para poder centrar la atención en el problema de la práctica para aquellos que ocupan una posición social subordinada.

El conflicto que muestra la novela es el intento de Gabriela por convertirse en un sujeto autónomo tanto a nivel social (política y legalmente, lo cual lo concedió la Segunda República a las españolas) como a nivel personal (en su vida de pareja y maternidad). Aunque en un principio lo intenta, Gabriela no puede funcionar fuera de las estructuras patriarcales. Si al inicio de la narración es un personaje activo, decidido, que actúa como *protagonista* de su propia vida, en la última parte pasa a convertirse en un *personaje secundario*, espectador, que da fondo a la actividad política de su marido, debido a las presiones y limitaciones sociales y culturales a las que se ve sometida.

Porque Gabriela no puede estar dentro y fuera del hogar al mismo tiempo. En este sentido, *Historia de una maestra* pone al descubierto la fuerza de la práctica social dominante, la manera en que lo político entra en la esfera de lo privado, así como la importancia de lo privado como político. Al relatarnos su vida dejando entrever sus frustraciones y amarguras, la narradora nos muestra determinados mecanismos sociales vinculados a cuestiones de género de carácter sistemático pero a menudo invisibilizados. La novela deja entrever que, pese a los avances sociales logrados durante el periodo republicano en cuestiones de igualdad de género, la implicación y la actividad política (y la gratificación a ellas vinculada) seguían estando reservadas socialmente a los hombres, vetándoseles en la práctica a las mujeres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALDECOA, J. (1990), *Historia de una maestra*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- CASANOVA, J. y GIL ANDRÉS, C. (2009), *Historia de España del siglo XX*. Barcelona, Editorial Planeta.
- EGIDO, A. y FDEZ. ASPERILLA, A. (2011), *Ciudadanas, militantes, feministas. Mujer y compromiso político en el siglo XX*, Madrid, Editorial Eneida.
- VV.AA. (2012), *100 años en femenino*. Catálogo de la exposición del mismo título, Madrid, Acción Cultural Española.